

Dr. CAMILO AGUADO VICTORIA

Consulta de enfermedades del aparato digestivo
Análisis de jugo gástrico, heces, etc.—Rayos X
Cirugía de estómago, intestino y vías biliares
: : : DE 12 A 2 --- PAZ, 34, 2 : : : :

CRÓNICAS DE LA CAMPAÑA

La paz en la guerra

En el teatro Reina Victoria

La vida dentro de la población se ha comen-
zado un poco más en estos días. La com-
pañía de zarzuela, que hace llenar todas
las noches el teatro Reina Victoria, en donde
tiene sus mujeres, sus tipos, y todo
lo que el mundo, militar y paisano, de Melilla,
puede ser, a fin de no perder el hábito
del teatro social y urbano con el sexo de
la guerra.

Porque se da el caso de que en Melilla,
se da una cuenta y de una manera paulati-
na, se pierde el costumbre de ver muje-
res, de hablar con ellas, y poco a poco,
la mujer va adquiriendo cierto carácter de bicho
raro, de fenómeno de barracón o de flor exó-
tica.

¡Y todavía andan en la Península los buenos
patriotas martirizando su imaginación
para dotar a las tropas de nuevos útiles de
campana!

¡Ah, si el patriotismo de los buenos bur-
gueses de España tuviese un poco de matiz
epitafio!

Están haciendo el ridículo reuniendo pi-
llos para la tropa.

Lo que aquí sobra son cigarrillos.

Los cuervos

No he visto nunca tantos cuervos, juntos
y separados, como vi el día de mi segunda
visita a Monte Arruf. Formaban nubes
negras, y cuando volaban, su sombra siniestra
corría por la tierra como un espíritu de malicio-
so. Eran unos cuervos audaces; revoloteaban
sobre las cabezas de los soldados de caballería,
que hacían vigilancia en la carretera,
por parejas o se posaban sobre las piedras
y las ondulaciones del terreno, poniendo
grandes manchas negras en el suelo.

Me detuve unos momentos para ver sus
acciones. Eran enormes, gordos, bien nutridos,
anaban a saltitos, como los pájaros, ó se
paseaban con esa prestancia de las palomas,
y de las palomas. Sus picos bruñidos y re-
tucantes brillaban; otros se perseguían y se
peleaban, alguno, quieto, inmóvil, sobre una
peña, parecía disecado como esos pájaros
que solemos ver en los escaparates de las
farmacias; otros volaban, inciertamente, sin
rumbos; otros revolaban los hierbajos secos
y miserables; otros hundían su garrón en la
arena.

Se notaba en todos cierto descontento y dis-
gusto. Se les había terminado el festín, se
habían levantado ya los manteles y sólo
quedaban, como vestigios de la gran comida,
desperdigados, algún viejo gorro cuartelero,
de colorido, algún trozo de cartuchera, algún
pedazo de correa podrida. Eran las migajas
de los cuervos ahitos despreciables con des-
dén. Yo los contemplaba y veía en sus cabezas,
monstruosas y feroces, fisonomías huma-
nas; me parecían curiales, comerciantes,
reñedores, acaparadores, usureros, presta-
mistas y ahorradores.

Sus escalofriantes batir de alas hablaban
de tantos por ciento, y de comisiones, y de
corretajes, y de descuentos; de embargos,
de deahuyos y de apremios.

Era un murmullo que me hizo pensar en
aquellas famosas sesiones de Bolsa de los
años de guerra.

Allí quedó la caterva, manchando el pur-
púro, el virginal azul del cielo con sus plumas
negras.

T. MENDIVE

Melilla.
(De «El Liberal», de Bilbao.)

Un fraile en La Esponja

Peor que con dos pistolas

Según algunos correspondientes, en el asalto
a la recuperación de La Esponja un fraile
llevaba un arma y grita como un loco
en el momento de ser herido. El fraile
era un religioso, y animaba a los legionarios
y a los entusiastas y embriagados al
momento del triunfo, mostrándoles un crucifijo.
Es probable, casi seguro, que ese crucifijo de
La Esponja sea venerado en alguna capilla
de un pueblo, continuará la tradición de los
Cristos caídos en África, como el Jesús
de Medinaceli, que hace milagros estupendos,
y los frailes se han erigido en la plaza de
pele, al lado de la iglesia del que fué
palacio y latifundio del duque de Lerma.

El Cristo que en La Esponja tremolaba
un fraile nos deshonra y debe avergon-
zarse, porque es un retroceso a las guerras
religiosas y constituye una palmatoria prueba
de que la leyenda negra que Juterías y otros
han luchado de falsa evidencia, der-
rumbable.

Como a un Cristo un par de pistolas sienta
a este protectorado, a esta empresa colóni-
al, ese Pedro el Ermitaño de sainete.
En los legionarios hay hombres de todas
las edades, de todas las condiciones, de todas las
religiones y de todas las profesiones; hay cató-
licos y protestantes, aicos y teóforos, espiri-
tistas y materialistas, israhelitas y cristianos,
hombres de todas las condiciones y gentes incapaces de pensar
y no es, además, imprudencia la de
señalar como una farsa ese crucifijo cuando
el ministro de la Guerra se ha visto pre-

Un proceso sensacional EL HOMBRE QUE ASESINÓ A DIEZ MUJERES

Landru ante el Jurado de Versalles

¿Quién no recuerda la emoción que pro-
dujo en el mundo el descubrimiento de
los crímenes de Landru en París? Fué en
la primavera de 1919 cuando el tristemente
célebre sugestionador de mujeres, el nuevo
Barba-Azul, el Frégolet del crimen, Landru
el irresistible—estos y otros varios apellidos
se aplicaban para designar al terrible mar-
tizador del bello sexo—, denunciado por
la hermana de una de sus víctimas, cayó
en manos de la justicia y ocupó por espacio
de algunos meses la atención de la Prensa
universal.

París mismo, habituado a los crímenes más
monstruosos, fué presa de tremenda sacudi-
da ante la magnitud de los asesinatos
perpetrados en Gambais, pueblito cercano
a la capital de Francia. Ni aun evocando los
crímenes que más conmovieron a la opinión
universal, los cometidos por Pranzini, por Ey-
rand y Gabriela Bompard, hallábase nada
semejante a la perversidad de que hace gala
Landru.

Porque este hombre siniestro, sobre quien
pesa la acusación de once asesinatos—el de
diez mujeres y el hijo de una de ellas—, y
con los consiguientes robos (pues éste era
el móvil que lo impulsaba al crimen), estas
y abusos de confianza, a raíz de ponerse
en claro sus fechorías, como ahora en
que comparece ante el Jurado de Versalles,
se ha conducido con tal sangre fría, con un
cinismo tan desconcertante, que a menudo,
los jueces, viéndolo jugar el vocablo,
con frases de una ironía punzante, en las
que se revelaba una inteligencia nada com-
ún, patentizaba también la carencia absolu-
ta de sentido moral, han llegado a dudar
de la integridad de sus facultades mentales.
Pero no, Landru, que es un desequilibra-
do, un degenerado, no es, sin embargo,
un perturbado irresponsable, según los
informes médicos. Es un caso singular, per-
fectamente estudiado y definido por el sa-
bio profesor de psiquiatría doctor Pactat,
quien califica a Landru de sensual, vanidoso,
sádico, megalómano, pero en modo al-
guno de loco. Se advierte también leyendo
las interesantes memorias que acaba de publi-
car en «Le Journal» Fernanda Sagret, que
Landru era amante de una «rescapée»,
como a sí misma se llama—, donde se cono-
ce en toda su complejidad el espíritu tur-
bado e inquieto de Henri Désiré Landru,
de educación esmerada, cortés, ambicioso,
con un don de gentes que sorprende; que
recta de corrido a Musset, Rostand, Racine
y demás genios de la poética francesa. No
es un ser vulgar este supuesto irresponsa-
ble, porque para sostener durante seis años
la lucha que Landru ha sostenido llamán-
dose una vez Fremiet, otras Cuchet y Lu-
cien; atendiendo a sus trapacerías de mecá-
nico, a las docenas de cartas que recibía y
contestaba diariamente, bien de lances amo-
rosos, bien de asuntos varios en que an-
tuvo mezclado; acudiendo a tal cita con dos
o tres mujeres en el transcurso de unas ho-
ras, evitándose a la nueva «dame» una bra-
zada de flores, a la conseguida anteaer una
joya, a la recién conocida en el Metrò, en
el paseo, en el teatro un auto ó un propio
para acudir a determinado sitio; enredado
siempre con prestamistas y establecimientos
de crédito para realizar las joyas ó el papel
efectivo robados a sus víctimas, de las que
hacía desaparecer todo rastro... para llevar
a cabo todo esto, procurando a la vez la
coartada, precisa, dócil de actividad, de in-
teligencia reflexiva difíciles de darse en un
enajenado.

¿Qué es, entonces, Landru? El sabio Pactat
lo ha dicho: un ser de instintos san-
guinarios, pasional, de extravagada sensua-
lidad, tenaz, de mirada fascinadora é irresisti-
ble, sobre todo para las mujeres.

Nosotros hemos seguido con viva curio-
sidad los mil incidentes del proceso, y al
llegar a la vista de la causa, ya comenzada,
juzgamos de interés para nuestros lectores
una información siguiendo el curso de los
debates judiciales en Versalles, siquiera pre-
ceda a este trabajo una sucinta biografía
de Landru desde su infancia hasta que el
12 de Abril de 1919 fué detenido en su
casa de la calle Rochechouart, en París.

Nació Landru, en París, en 1869; o sea,
pues, 52 años de edad y hace siete que
comenzó a desarrollar en gran escala sus
planes maquiavélicos a caza de mujeres. Dou-
Juan Tenorio es un parvulito comparado
con este «Barbe-Bleue», de quien se sabe
que ha tenido amores con 283 hembras.
¡Un tío con toda la barba!

Haciendo hincapié en esta cifra inverosi-
mil, el juez M. Bonin, para inquirir la
culpabilidad de Landru, lo interrogaba de esta
guisa:

—Sábese positivamente que habéis tenido
relaciones con 283 mujeres, de las cuales
se conoce el paradero, la situación de 273.
¿Dónde están las diez restantes?

A lo que replicaba, muy fresco, el acu-
sado:

—¡Ah, señor juez. ¿Quién sabe a dónde
van a parar las mujeres cuando lo aban-
donan a uno!

Casado, con cuatro hijos, dos varones y
dos hembras, es su misma mujer quien
aporta antecedentes de los primeros años del
acusado, especialmente desde que lo conoció
en la iglesia de San Luis, actuando como
subdócano. Landru había sido educado muy
religiosamente (es un dato), é hizo sus es-
tudios como pensionista en la Residencia
de los Hermanos de la calle Le Regrattier.
Mme. Landru asistía con toda regularidad
a los oficios religiosos en San Luis, y el
noble continente del joven, sus maneras fi-

nas y delicadas, la bondad de su rostro la
cautivaron. Un día al salir de misa, él,
advertido el efecto que había producido en
la doncella de 19 años, se acercó a ella
y a partir de aquí sostuvieron relaciones
hasta legitimarlas, transcurrido el período
militar, que Landru cumplió en San Quin-
tín, adscrito al 87 de línea.

Casados, Landru estuvo empleado en el
despacho del arquitecto M. Lecœur, que lo
estimaba por su excelente conducta y por
sus aptitudes para el cargo que se le con-
fiara. Hizo los planos para el Colegio de
Francia, para el puente Monge, y más tarde,
por su cuenta, inventó una bicicleta con
motor a petróleo, sacando patente de inven-
ción, si bien otros se aprovecharon de su
inventiva.

No bebía ni fumaba; púsose luego a fa-
bricar juguetes mecánicos. Era un esposo
modelo, aunque iba notándose un cambio
de carácter, sobrado reflexivo, sombrío. A
cada paso, poseído de la fiebre de los in-
ventos, decía reiteradamente a su mujer:
«Tú verás, seremos ricos, seremos dichosos.»

Espíritu inquieto é inconstante, lo inten-
taba todo y a todo acometía, sin que sus
felices cualidades de mecánico tuvieran la
recompensa merecida, a causa de su versa-
tilidad y falta de orientación práctica para
la vida. Gastaba cuanto ganaba y más; la
mujer, que trabajaba en negocios de tintorería,
hizo ahorros, unos 3.000 francos, que Lan-
drú gastó, pasando de una a otra idea, en
perjuicio de la familia.

«Bruscamente—dice Mme. Landru—cambié
de manera de vivir; desapareció de casa y
muy pronto vino la policía a buscarme, acu-
sándome de robo y estafa. Creí volverme lo-
co; se le detuvo, fué encaerado en la Santé.
Después comenzó para nosotros una exis-
tencia infernal, cambiándonos de casa a cada
instante; cometiendo mi marido nuevas fal-
tas graves, se me señalaba con el dedo;
hubo de esconder mi vergüenza y de aña-
rarme para educar a mis cuatro hijos. No
fue posible traerlo al buen camino: a mi
hija mayor le sacó 200 francos de sus ahor-
rillos, y 100 a mi pequeño Carlos.»

Venia a casa por breve espacio de tiem-
po, desaparecía algunas semanas, incluso lle-
vándose objetos y efectos míos que no vol-
vía a ver. Me trajo una vez una cadena
de oro, otra una sortija, un brazalete, jo-
yas que yo empeñaba en el Monte de Piedad,
y que más tarde, con mi dinero, he
desempeñado, para entregárselas al juez.

Se me aconsejó el divorcio. ¡Para qué!
El es el padre de mis hijos y yo seré siem-
pre Mme. Landru.»

Al fin, Landru, abandonó casi por com-
pleto a los suyos y se lanzó por la pen-
diente del crimen y del robo.

Landru, licenciado en Letras y Ciencias,
alumno aprovechado de la Escuela de Artes
y Oficios de París, a partir del abandono de
su mujer é hijos, realizó viajes y negocios
turbios: condenado por repetidas estafas es-
tuvo tres años en la prisión de Fresnes y
otros tres en Loos (Norte). Por esta época
fué examinado desde el punto de vista
mental por el célebre alienista M. Vallon,
quien lo declaró responsable, pero informó
a la familia—esposa y padres—en estos tér-
minos:

—Es un desequilibrado, en el que no existe
el menor vestigio de sentido moral. Aca-
bará en loco, pero antes quizá será culpable
de hechos espantosos.

La acción pública, a propósito de los crí-
menes de que ahora se le acusa, comenzó
a actuar a partir de Febrero de 1919, merced
a una carta que la doncella Mlle. Lacoste
dirigió al Procurador de la República, llama-
ndole la atención acerca de la desaparición
de su hermana Mme. Buisson. Esta des-
aparición remontrábase al mes de Agosto de
1917. En esta época Mme. Buisson man-
tenía relaciones con un ingeniero llamado
Jorge Frémiet (Landru), añadiendo, como de-
talle alarmante, que en 1916, una amiga del
tal Frémiet, Mme. Colomb, había igualmente
desaparecido.

Esta coincidencia no podía por menos que
alarmar al juzgado. Se le buscó, y dos me-
ses después, el azar hizo que se le descubri-
era y prendiese en la casa núm. 76 de
la calle de Rochechouart.

Púsose en claro que Lucien Guillet, que
Frémiet era otro que Henri Landru, de
50 años, varias veces condenado por los
tribunales de justicia.

La mentalidad sospechosa del individuo y
la simultaneidad de las dos desapariciones
ajudadas impresionaron al juez de instruc-
ción M. Bonin, quien adquirió el convencimiento de que se hallaba en presencia
de un criminal peligroso.

Las investigaciones practicadas aportaron
luminosas pruebas: se le encontró a Landru
un carnet, en el cual figuraban, junto a
inscripciones enigmáticas, once nombres, en-
tre los cuales estaban los de las dos des-
aparecidas, Mmes. Buisson y Colomb. Se
amplian las diligencias y se descubre que
los nueve nombres desconocidos correspon-
den a ocho mujeres y al hijo de una de
ellas, llamada Mme. Cuchet. Las mujeres
en cuestión han estado en relaciones con
Landru, en calidad de prometidas y él ha-
bía apoderado de sus bienes.

El juez comprueba que de las 283 mujeres
con las que Landru tuvo relaciones teníase
noticia de que existieran 273; sólo descono-
ce el paradero de las diez, cuyos nombres
aparecen en el carnet del presunto asesino.
A partir de aquí comienza una serie de

investigaciones, comprobándose que en Fe-
brero de 1914, Landru iba a contraer matri-
monio con Mme. Cuchet, viuda, de 39 años,
y madre de un joven de 18, ambos desapa-
recidos misteriosamente en Abril de 1915.
Landru, que había hecho alquilar a Mme. Cu-
chet una casa en Vernouillet, se apodera
de un seguro de vida a nombre del hijo
de Cuchet, y seguidamente entra en rela-
ciones con Mme. Buisson, otra viuda, que a
su vez desaparece en 19 Agosto de 1916,
después de haber confiado a Landru su pe-
queña fortuna para que se la administrase.

Landru simuló un viaje a Tinez, apro-
vechando este tiempo para entrar en rela-
ciones, mediante anónimos en los periódicos,
con otras tres viudas de unos 50 años.
Mmes. Laborde Line, Héon y Quillin. La
primera, instalada por Landru en Vernouillet,
no dió signos de vida al cabo de tres sema-
nas. Con Mme. Héon el «flirt» fué algo má-
largo; duró seis meses, durante los cuales
Landru alquiló su famosa villa de Gam-
bais.

Desde este momento a Gambais fueron
conducidas las novias futuras, no muy tar-
de, pues Mme. Quillin, conquistada el 15 de
Julio, desde el 2 de Agosto siguiente se ig-
nora su paradero.

En 31 de Diciembre de 1916, Landru hace
balance sentimental, resultando: Pérdidas, cin-
co prometidas y el hijo de una de ellas;
beneficios, un seguro de vida, joyas, dinero
y muebles.

Continúa su carrera de crímenes por un
procedimiento que podemos calificar de auto-
mático: anónimos en los periódicos, promesa
de matrimonio, excursión de los futuros es-
posos a Gambais (Landru, harto previsior,
ferozmente previsior, tomaba billete de ida
y vuelta para él y solamente de ida para sus
víctimas) y desaparición de la novia, apo-
derándose acto seguido de sus bienes. Así
sucumbieron sucesivamente: Mme. Colomb,
viuda, de 44 años; Mme. Pascal, divorciada,
de 33 años; Mlle. Andrée Babelay, doncella
de cámara; Mme. Jume, de 38 años,
separada de su marido, y Mlle. Marchadier,
de 38 años.

Actúan como abogado general M. Gode-
froy y como defensores de Landru, los fa-
mosos juristas M. de Moro-Gianni y
Navieres du Treuil.

La acusación, después de acumular las
pruebas de la culpabilidad de Landru, sostie-
ne que es él el matador de las diez muje-
res y del joven Cuchet, precisando, además,
que ciertas partes de los cadáveres de
sus víctimas fueron quemadas por el
asesino. De las cenizas de Gambais han sido
retirados cuatro kilos 176 gramos de restos
de huesos; aparte la eliminación de tres ki-
los, imposible de identificar, ha sido encon-
trado poco más de un kilo de fragmentos
humanos.

Landru, por su facundia, por su calma
ante los cargos terribles que sobre él pesan,
por su ironía, que acaso no es sino una
derivación de su cinismo, ha creado en de-
redor suyo una especie de leyenda, sobre
todo en lo referente a sus conquistas amo-
rosas, extremo éste que apasiona fuertemen-
te a las mujeres, sin distinción de clases.

El Jurado de Versalles va a decir la últi-
ma palabra de este sensacional proceso.
(Continuará mañana.)

CRÓNICA DE MADRID

Paréntesis

Han vuelto los parlamentarios a las Cor-
tes, después de estos tres agitados días de
fiesta, y hasta el presente momento histó-
rico no se ha derumbado ningún te-
cho del Congreso ni el señor Sánchez Guerra
ha tenido que pronunciar las palabras
solemnes: «Se avisará a domicilio.»

El señor Maura, al reunirse a las liberales,
ha hecho lo mismo que el ministro de la
Gobernación, cuando acudió, hecho talmente
un manequillo de Soria, a recoger el consejo de
las oposiciones; con la sola diferencia de
que Cervera procedió de un modo nebuloso
y Maura no ha querido regatar sus planes
de cooperación.

En los pasillos del Congreso me han sor-
prendido hoy algunas opiniones de hombres
de la izquierda, casi favorables a la acti-
tud de Maura. Luego, me he dado cuenta
de la verdad de tales ponderaciones. La me-
jor manera de combatir a Cervera es hacer
el caldo gordo al presidente del Consejo, y
viceversa. Yo creo que las verdaderas iz-
quierdas parlamentarias han debido hacer
caso omiso de lo que trataran en la reunión
Maura y los liberales, para repetir el ló-
gico y oportuno requerimiento del conde
de Romanones, quien, dicho sea de paso,
tampoco debió dejarse dominar por el suave
masaje del presidente.

El país, naturalmente, está cada vez más
egregado. Ve a los políticos de ideas con-
trarias reír con bravura en el Parlamento
y entrar luego, juntos, en casa de cualquiera
de ellos para tomar el té, en medio de la
más franca cordialidad, y vive escéptico y
receloso, sin sangre en las venas ni espe-
ranza en el porvenir.

Y no es que los políticos de ideas con-
trarias estén en el deber de morderse cada
vez que se encuentran. La política moder-
na admite cuantas transacciones y con-
venios dicen la sensatez y el patriotismo.
Lo que no admite la política moderna, lo
que no admite nunca la vieja política, es
el falso prestigio del descrédito—grande
y sobada paradoja—como norma de encau-
zamiento espiritual y de progreso. La viveza
de algunos ha podido llevarlos al propio
encauzamiento y al dominio del Estado;
pero la política, la clásica política espa-
ñola, tan pervertida, sabe hacer en todo
momento admirables selecciones, y aunque
no lo parezca, se rige a su modo por un
código moral que, sepentando entre la fri-
volidad y la ironía, coloca a luchadores y go-
bernantes en el lugar que les corresponde.

Por eso ocurre, como ahora, que de una
reunión de alta trascendencia política, puede
no quedar más que una nota, un rasgo
de carácter. El regodeo de las conjuras y
conjurillas se lo lleva siempre el viento.
Se duda de Romanones, de García Prieto,
de Alba; se duda del gastado empaque per-
sonal de unos cuantos señores. Mas no se
duda, por ejemplo, completamente de un
don Melquíades Álvarez. Y he aquí que
hay quien dice, remitiéndose a referencias
de todo punto autorizadas, que el jefe del
reformismo ha mantenido en la reunión con
Maura su entera política, que ha sido
el único que ha sostenido con tesón la
necesidad de que no prospere el proyecto
de recompensas, tal como Cervera lo ha pen-
sado, y la gente, que tan mal había recibi-
do la noticia de la reunión de los libera-
les con Maura, no se ríe, ni reela, ni
hace comentarios enojosos ante el gesto del
señor Álvarez.

Si se creyera que todos los primates que
asistieron a esa reunión son personas de
reconocida solvencia política, de fortaleza
moral, el acto, el simple acto de reunirse;
aun después de haberse echado en la Cá-
mara los trastos a la cabeza, no habría es-
candalizado. Escandaliza el temor a la rein-
cendición, la frescura con alas. Nada más.

ARTURO MORI.
8 Noviembre 1921.

reunión de alta trascendencia política, puede
no quedar más que una nota, un rasgo
de carácter. El regodeo de las conjuras y
conjurillas se lo lleva siempre el viento.
Se duda de Romanones, de García Prieto,
de Alba; se duda del gastado empaque per-
sonal de unos cuantos señores. Mas no se
duda, por ejemplo, completamente de un
don Melquíades Álvarez. Y he aquí que
hay quien dice, remitiéndose a referencias
de todo punto autorizadas, que el jefe del
reformismo ha mantenido en la reunión con
Maura su entera política, que ha sido
el único que ha sostenido con tesón la
necesidad de que no prospere el proyecto
de recompensas, tal como Cervera lo ha pen-
sado, y la gente, que tan mal había recibi-
do la noticia de la reunión de los libera-
les con Maura, no se ríe, ni reela, ni
hace comentarios enojosos ante el gesto del
señor Álvarez.

Si se creyera que todos los primates que
asistieron a esa reunión son personas de
reconocida solvencia política, de fortaleza
moral, el acto, el simple acto de reunirse;
aun después de haberse echado en la Cá-
mara los trastos a la cabeza, no habría es-
candalizado. Escandaliza el temor a la rein-
cendición, la frescura con alas. Nada más.

ARTURO MORI.
8 Noviembre 1921.

ECOS

Los vagones para la naranja

En virtud de las gestiones realizadas por
el Gobernador civil, la jefatura de la se-
gunda división de Ferrocarriles ha ordenado:
«Que las estaciones que sirvan como
naranjeras no admitan pedidos de vagones
para facturaciones de naranja si el peti-
cionario no es el verdadero remitente ó un
representante autorizado del mismo; y que
exijan como condición indispensable para in-
scribirle en turno y para facturar, la presen-
tación del recibo acreditativo de haber pa-
gado la contribución de comerciante de na-
ranjas ó como propietario de fincas naran-
jeras ó el contrato ante notario de tenerlas
en arrendamiento.»

En su consecuencia, el inspector principal
del Norte, comina a los jefes de estación
no sólo a que den exacto cumplimiento
a esa disposición, sino también a que de-
nuncien a los interventores del Estado, ó
los tribunales ordinarios ó a la delegación de
Hacienda, a los que se atribuyan la con-
dición de remitentes para realizar factura-
ciones en interés ajeno, ó cedan ó traspa-
sen los vagones que les hubieran correspondido
en turno, ó por cualquier otro medio tra-
ten de realizar un agio aprovechándose del
turno para facturar vagones de naranja.

Para facilitar la ejecución de estas dis-
posiciones, los jefes de estación deberán
enviar inmediatamente a los alcaldes una re-
lación de todas las peticiones de vagones que
para naranja tengan pendientes, a fin de
que los alcaldes indiquen cuáles son los
verdaderos productores, y caso afirmativo
cuál es su importancia industrial.»

Hemos recibido una extensa carta hablan-
do de distintos asuntos que al puerto
afectan y excitándonos a emprender determi-
nada campaña.

Comprenderá el comunicante que el anó-
nimo no es el medio más adecuado para ello.
Si efectivamente tiene antecedentes y datos
que nosotros no conocemos, no tenga in-
conveniente alguno en remitirlos y desechar
el anónimo, en la seguridad de que hemos
de guardar el secreto y no hemos de deri-
var ningún género de responsabilidades ha-
cia él ni hacia nadie, que en EL PUEBLO
sabremos afrontarlo siempre; pero compren-
da que lo menos que podemos exigir a
quien nos pide una campaña, es conocerla.

Las tiradas de Cullera

EL PUEBLO de ayer denunciaba ciertas
infracciones al reglamento por el que se rí-
gen las tiradas de patos en Cullera. Tolerar
la colocación de puestos veinticinco metros
fuera de la zona señalada, implica graves
perjuicios a las replazas colindantes. Nos
consta que la Junta de tiradas, encargada
del cumplimiento del reglamento, tiene acor-
dado arrancar aquellos puestos, como está
prevenido, y señalar la zona de su empla-
zamiento; acto que no se ha efectuado por-
que el alcalde, ejecutor de los acuerdos, no
lo ordena y transcurren días y llegan las
tiradas y queda incumplido el acuerdo de
la Junta y baridos los que de buena fe
fían en la rectitud de las autoridades y en la
garantía del cumplimiento del reglamento de
tiradas.

Parece que el alcalde de Cullera se hace
el sordo y espera que los protestantes se
cansen para así satisfacer a sus amigos in-
fractores del reglamento de tiradas.

A nosotros se nos ocurre preguntar: ¿Qué
hará el alcalde de Cullera que nos sacó el
dinero en la subasta, si desechados por su
desatención y perjudicados por su tolerancia
con los infractores del orden, nos vemos en
el caso de tener que recurrir a romper el
fuego un rato antes que se dé la señal, ya
que de no ser así nos quedaremos sin dis-
parar las escopetas y mirando cómo recogen
la caza los amigos del alcalde que tienen
carra blanca para abusar a sus anchas?

Medite el señor Lafarga las consecuencias
que puede traer su proceder y piense que
no tendrá autoridad para castigar al infeliz
que recoge un pato de la orilla del coito y otra
porción de pequeñas faltas que siempre ocu-
ren y que nada significan, comparadas con la
tan grave que le denunciarnos y que queda
sin sanción.

Por hoy, nada más. Si no se cumple el
reglamento después de lo expuesto, recurri-
remos al Gobernador, y en última instan-
cia cobraremos patos por los medios que
sean, ó mejor dicho, por los mismos que
emplean los amigos del alcalde.

Varios cazadores.

